

LA VOZ DE CANÓPOLIS



ZEN

HORUS

(Macarena Torre)

Horus, un mastín blanco de siete años, cariñoso y pacífico, que vivía feliz con su familia, de repente un buen día, fue abandonado de manera cruel en medio de un olivar. De estar calentito, bien alimentado y recibiendo mimos, pasó a verse solo, desorientado y desprotegido, obligado a luchar por sobrevivir.

Recorrió carreteras, pueblos y campos sin entender qué le había sucedido, buscando el camino de regreso a su casa, mendigando un pedazo de pan o una caricia amiga durante semanas. El hambre, el cansancio y la tristeza lo debilitaron tanto que fue incapaz de reaccionar cuando unos faros enormes lo deslumbraron en la oscuridad de la noche, y sucedió lo inevitable...

Afortunadamente, una mujer joven, que colaboraba como voluntaria en una protectora de animales maltratados y abandonados, lo vio debatiéndose entre la vida y la muerte al pie de una cuneta, y acudió en su ayuda. Con determinación, destreza y mucho amor lo envolvió en una manta, lo subió en su coche y lo rescató de un destino fatal.

Horus fue operado de urgencia en una clínica veterinaria donde reconstruyeron sus patas delanteras y su mandíbula, curaron sus heridas y mitigaron los enormes dolores que padecía. Poco a poco, se fue rehabilitando y comenzó a caminar con normalidad. Consiguió superar las dificultades, y se ganó la admiración de todos cuantos le rodeaban, pues, a pesar de tanto sufrimiento, nunca dejó de mover su rabo ni de mostrarse agradecido.

Cuando estuvo algo mejor, el viejo mastín vivió una temporada en una casa de acogida, mientras las voluntarias de la entidad animalista que lo habían salvado, le buscaban un hogar apropiado y digno para él. Sin embargo, el esfuerzo de las voluntarias no dio sus frutos de inmediato y, una vez recuperado, tuvo que vivir en un refugio junto al resto de perros y gatos huérfanos en espera de ser adoptados.

Allí recibió alimento, cariño y seguridad, pero carecía de lo más importante: tener una familia que lo quisiera. Horus contempló, día tras día, cómo diferentes personas los visitaban, se paseaban entre las jaulas y seleccionaban a alguno de sus amigos perrunos o gatunos. Y nunca le tocaba a él... Por más que ladrara, moviera su cola o lamiera las manos de los visitantes, no conseguía llamar la atención de nadie. Y un sentimiento de frustración y desesperanza invadió su corazón. ¿Por qué era invisible para los humanos? ¿Por qué ninguna familia lo adoptaba? Si él tan sólo ansiaba amor...

Pasaron los meses y, justo cuando Horus se convirtió en el perro más veterano del refugio, en aquel que nadie elegía jamás y que parecía estar condenado a vivir para siempre en ese lugar, las voluntarias de la protectora recibieron la visita inesperada de una niña que venía acompañada por sus padres. Era el día de su cumpleaños y la pequeña de diez años había rechazado todos sus regalos. Según contó la madre, sólo deseaba rescatar a otro perro abandonado. Y, aunque ya tenían una podenca y una galga, todos estaban de acuerdo en aumentar la familia canina.

La niña y sus padres recorrieron el refugio y conocieron todas las historias de los perros y perras que podían ser adoptados. Una de las voluntarias les fue dando detalles del carácter, la personalidad o las manías de cada uno de ellos, y fue valorando los más idóneos para la familia, según su perfil y necesidades. Surgieron varios candidatos, a los que sacaron de sus jaulas para ser presentados a la familia entre gemidos, meneos de rabos y lametones. Después de un buen rato intercambiando caricias, la elección del más apropiado la dejaron en manos de la menor. Cuando le preguntaron a quién elegía para llevarse a casa, la niña lo tuvo claro, y respondió sin dudar:

-Al que lleva más tiempo en este lugar y nunca elige nadie... ¡Quiero a Horus!

El perro, al oír su nombre, se abalanzó sobre la pequeña, lamiéndola y agitando su cola, contento, lo que le hizo reír a carcajadas. Los padres, al ver lo bien que habían conectado, aceptaron enseguida, y a las voluntarias se les iluminó la mirada. ¡Por fin, alguien había reparado en el gran olvidado! Aquella apacible tarde de primavera, Horus, un noble y magnífico mastín, había sido premiado con un nuevo hogar.